

Aquella noche del verano del 1985 Ahora, después de los años, me sigo preguntado si fue verdad o el engendro de una imaginación de mi juventud exaltada. Una noche del caluroso verano de 1985, empapado de sudor, busqué refugio y alivio, en la terraza, me senté y aspiré el aire de los olivos que abrazaban mi casa de campo como el mar rodea una isla. A mi lado como una sombra negra, estaba mi perro Tobi, quieto, tumbado en su sueño de vigilia al frescor del suelo recién regado. La noche avanzaba como una alfombra voladora extendiendo su manto de gotas de estrellas sobre el diáfano cielo. La vida estaba paralizada sobre la vibrante oscuridad, solo algunos insectos rompían con su sonido el sitiado silencio. Mis movimientos se eternizaban ante el soplo de calor, la garganta reseca ahogaba mi voz. A solas conmigo permanecía en la calmada noche, me sentía un náufrago en medio del infinito océano. Solo a mi costado, permanecía el plácido y fiel pastor alemán. Desde esta atalaya, extasiado veía caer, las noches de cada verano, el tránsito liviano de la luz a las sombras, el día sumergiéndose en un horizonte de mil colores, un mar que se pierde en otro mar, transitar del tumulto de la ciudad a la soledad del campo, de la palabra a la reflexión. Saborear cada instante de la noche abierta, que se extiende como un mar sin olas, sin el clamor de los pájaros, respirar el aire roto en mil pedazos. Este remanso de quietud me sumergía y me inundaba por dentro. Rafael Reche, recibiendo su Premio de manos de la Directora del Aula Permanente y de la Presidenta de ALUMA Las ventanas abrían sus brazos en busca de una brizna de aire. Me ayudo a salir de mi letargo una pequeña salamanquesa, adherida a la pared como una calcomanía, que a cámara lenta se aproximaba al dintel de la puerta, donde la luz de la única bobilla atraía un enjambre de minúsculos voladores. Fluía la noche en tierras de Linares, miles de estrellas centellean y brota con renovada intensidad la galería de sonidos, en un concierto improvisado de grillos, ranas, chicharras. Abandono el ingrátido instante, para sintonizar una película, y acogerme al mundo ficticio de la trama y la acción. Cuando, de repente, como un relámpago, estalla un silencio absoluto, se paraliza la noche y enmudecen los cánticos de los noctámbulos animales. Un resorte de angustia me invade, ante el vacío tangible de este mutismo sobrecogedor. Mi perro, con un súbito impulso, se precipita rápido hacia el borde de la terraza, sus orejas empinadas y sus ojos saltones rastrean la oscuridad impenetrable hacia los cercanos olivos. Sus ladridos frenéticos, hiela los poros de mi piel, tensa como un resorte cada músculo y activa la alerta de todos los sentidos. Varios perros de casas cercanas se unen al improvisado coro. Nada se veía, nada pasaba, hasta que un huracanado viento surge y derrama su violencia en un torbellino de aire y polvo, las ventanas como impulsadas por una mano invisible son sacudidas con un sonido atronador, se une hasta este infierno el estruendo de cristales rotos, el vuelco de macetas y una nube de interferencias inundan la pantalla. El temor se desliza, por todo mi cuerpo con la rapidez del agua de un torrente, quiero pensar y no puedo, la situación caótica, me desborda. Minutos quizás segundos, de un tiempo infinito permanecí en la voraz tormenta. Tobi, buscó refugio y se aferró a mi lado como un fiel escudero en una batalla contra las huestes invisibles. La calma y el silencio mudo se precipito de nuevo, como un mar vencido. Inmóvil, casi petrificado permanecía en mi posición, cuando, un resplandor, atrae mi atención y miro hacia las cercanas colinas. Aquel espacio que no estaba habitado por nadie, se volvió blanquecino con tonos azulados, el intenso haz de luz iluminaba la noche, como un faro desnudo las rocas en la orilla. Los arboles tomaron formas, los caminos vida, la sombra de la noche se desmoronaba y se abría el día, sobre aquella ladera. Mis ojos absortos ante la luz que abre las entrañas de lo visible y lo invisible. Ante esta realidad tangible, intento salir de esta imagen hipnotizadora. Siento el sudor frío deslizar por mi piel, el corazón latir con fuerzas y la respiración agitada de un corredor de fondo. Me vacié mi miedo cuando la ola de luz, se alejó al otro lado y se ocultó tras el horizonte. Por fortuna, la calma retornó, pero mi cuerpo flota en un mar de inquietud.

Cansado regresé a mi dormitorio, apenas pude dormir, el resto de la noche, el recuerdo de lo sucedido bailaba en el laberinto de mi memoria. Estalla el amanecer en un cantico de pájaros, cantan al alba, a la plenitud silenciosa de lo vivo. Una pulida claridad invade mi habitación. Fluye en mí, una fuerza y el ardiente deseo de salir. Como un sabueso en busca de un rastro, recorro el perímetro de mi casa, y mis ojos escudriñan palmo a palmo, cada rincón. Aparentemente la vida continúa igual que ayer. La vieja encina reposa erguida y el joven chopo extiende sus ramas al nuevo día. Algo capta mi mirada, unos destellos, que ondean como un fuego oculto entre la hierba, se expande a lo largo del jardín. Centenares de pequeñas esferas, pueblan el entorno, centellean como joyas que agonizan, lisas, transparentes como el cristal, en su interior una nebulosa de masa gelatinosa incandescente emitía diminutos haces de rojos a turquesas y morados. ¿Qué misterioso talismán? ¿Qué clase de artilugio, sería? Por todos lados brillaban, de pronto a veces cobraban vida y otras fenecían. Un escalofrío surca mi cuerpo, pero confieso que me devoraba la curiosidad, atrapado por su mágica luz. Ajeno al peligro, continuo con la exploración. ¡Qué pena! No hay nadie a mi lado, para compartir el incomprensible y hermoso instante. ¡La emoción me embarga! Respire profundo e incline mi rostro, a una distancia corta, sobre uno de ellos, para la contemplación del singular y divino objeto. ¿Qué poderes ocultos encerraba en sus entrañas? No sé por qué, no me atreví a tocarlo. En aquel momento, oía latir mi corazón, el ir y venir de mi sangre que galopa por mis venas. Entonces, sucedió algo inaudito. Al caer, los rayos de luz del alba, que se desplegaban como olas en la orilla sobre el bosque de los enigmáticos soles, su luz agonizo, como la vela ante un sople de aire. Con los ojos bien abiertos contemple como el encanto de las misteriosas bolas se transfigura en gotas de rocío que se filtran entre las hojas y la tierra. Todas se fundieron sin dejar ninguna estela. Me quede quieto, paralizado en espera de una nueva señal, de un nuevo indicio, mientras mil pensamientos golpeaban mi cerebro, en un mar revuelto de preguntas sin respuestas. Es posible que el mundo real e irreal, no sean contrarios. Esta idea, me llevo a otra. Quizás el universo lejano, esté más cercano al nuestro, de lo que conocemos. Lo cierto que esta reflexión siempre me acompaña desde aquella extraña y misteriosa noche de verano del 1985. Rafael Reche. Granada. 2016.